UN SÍMBOLO DE VOCACIÓN DOCENTE

Por KATHARINE MOORE

La historia de Emily Davies es la de la lucha por una enseñanza más elevada para las mujeres de Inglaterra. Fué una de esas personalidades que se sienten llamadas a remediar una necesidad especial. Cuando ella nació, la mayor parte de las mujeres inglesas eran ignorantes y estaban desorganizadas. Al morir ella se había realizado una revolución social.

Hija de un pastor protestante, Emily recibió la educación corriente que se daba a las muchachas en aquellos días. Mientras los muchachos iban a la escuela y a la Universidad, sus hermanas se quedaban con la madre o con alguna institutriz. Emily mostró pronto una enérgica inteligencia, discutiendo de política con el jardinero, escocés, y editando una revista de familia. Cuando tenía veintiún años, su hermano Llewellyn recibió las órdenes sagradas y obtuvo una parroquia en Londres. El hermano la presentó al círculo de sus amigos, entre ellos a F. D. Maurice, el reformador social, que era entonces director del Queen's College, en Harley Street, una de las mejores escuelas para muchachas de Inglaterra en aquel tiempo. Estos amigos y sus contemporáneas Bárbara Leigh Smith (Ma-

dame Bodichon) y Elizabeth Garrett (Mrs. Garrett Anderson) fueron los más altos modelos de su juventud.

Emily escribió por aquel tiempo: «Sólo las mujeres que han trabajado en estas condiciones pueden comprender el desaliento que produce oír que no se puede esperar gran cosa de las mujeres, por el hecho de serlo, y que hagan lo que hagan, no deben pretender, sino en un segundo término, competir con los hombres, porque en tal competencia habrán de fracasar siempre.»

Emily tomo la resolución de hacer todo lo que estuviera en sus manos para transfornar tal estado de cosas. A los treinta y un años, la muerte de su padre la dejó en libertad de abandonar Gateshead, su hogar hasta entonces, para dedicarse, en Londres, al trabajo que llevaba en su corazón. El grupo de reformadores sociales, al que pertenecía su hermano, había fundado una Asociación para el fomento de la Ciencia Social, en la que eran admitidas las mujeres. Este organismo fué de gran utilidad para la lucha del movimiento femenil incipiente, al que proporcionó una plataforma y muchas posibilidades de experiencia. Emily Davies, que ayudaba entusiásticamente a Elizabeth Garrett en su lucha por entrar en la profesión médica, escribió para aquella asociación una Memoria, titulada *La Medicina como profesión para mujeres,* que llamó mucho la atención.

El primer objetivo importante fué el de conseguir que la Escuela Local de Exámenes de Cambridge se abriese por igual a las muchachas y a los muchachos. Emily Davies formó un comité para trabajar en este sentido, y, frente a una gran oposición y con muchas limitaciones de segregación y de carácter privado, unas pocas muchachas obtuvieron la autorización para ser admitidas a exámenes en 1863. Este fué un gran paso hacia adelante. En una Memoria escrita en aquel tiempo sobre la instrucción media de las muchachas, Emily Davies dijo: «Nosotras no nos preocupamos de las teorías acerca de la igualdad o la desigualdad del poder mental de ambos sexos. Todo lo que pedimos es que la inteligencia de las mujeres, grande o pequeña, tenga la posibilidad de desenvolverse plena y libremente.» En la prosecución de este fin fué como surgió, por

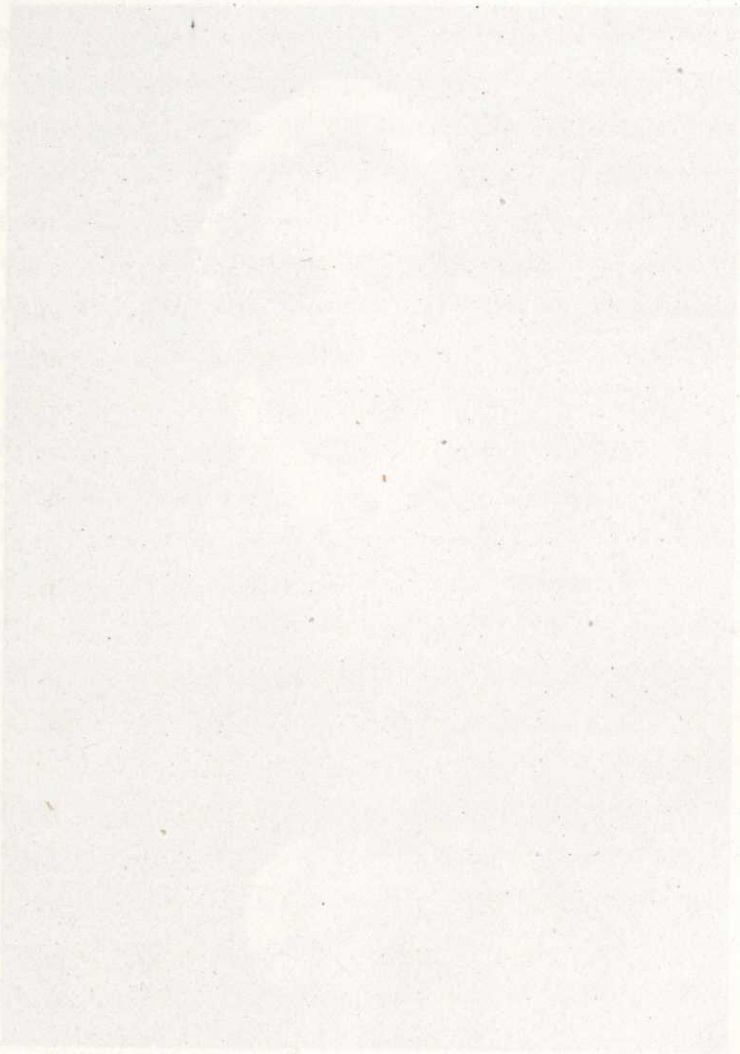
vez primera en la mente de Emily Davies, la idea de un colegio femenino. Desde un principio vió con claridad los puntos esenciales. El colegio estaría afiliado, del modo más estrecho posible, a las Universidades de Oxford y Cambridge. El curso de estudios sería idéntico al que seguían los hombres. La identidad de oportunidades de instrucción era el fin perseguido. Una serie especial de conferencias y exámenes, proporcionados por señoras, iniciada en aquel tiempo, la preocupó gravemente: porque quería huir del espantajo de la instrucción para mujeres, apartada o desviada de la instrucción masculina en cualquier sentido.

«Me hace sufrir mucho —escribió— ver este dañino principio comenzar a organizarse.» Esto la conturbó más que la oposición que sus proyectos encontraron en todas partes. «Es muy difícil —decía la Prensa— tomar en serio estas atrevidas proposiciones.» Esto excitó los instintos combativos de Emily, y ella luchó por su sueño «con toda la fiereza del miedo».

Lenta y humildemente, se hizo un primer ensayo, en 1869, en Hitchin, a unos 40 kilómetros de Cambridge, con cinco estudiantes, cuyos padres se atrevieron a correr el riesgo de ver abandonadas las tareas del hogar y destruído el encanto de la doncellez. Es característico que, desde el primer momento, Miss Davies subrayó la necesidad de la estricta formalidad académica. En las comidas, por ejemplo, los rectores, los graduados y los no graduados se distinguían ya, en embrión, entre las cinco humildes estudiantes y sus maestras. Miss Davies insistió también en la necesidad de que las matemáticas y los clásicos fueran los estudios básicos para las mujeres, como lo eran para los hombres. Este era el único modo de ahuyentar el peligro de la separación de niveles. Algunos rectores fueron de visita al colegio desde Cambridge, y aunque la Universidad no reconocía oficialmente al colegio, las estudiantes obtuvieron, por cortesía de algunos examinadores amigos, autorización para lograr los títulos más elementales con carácter estrictamente privado.

A los dos años se hizo necesario ampliar el colegio, si había de convertirse en una fuerza real para la enseñanza de la mujer. Se decidió construir un nuevo edificio en Girton, a tres kilómetros de

Emily Davies.



Cambridge. Miss Davies pensó que esto tendría la ventaja de poner a las estudiantes al alcance de las lecciones de los profesores, evitando, al mismo tiempo, las distracciones y tentaciones de la vida universitaria. El edificio comenzó a construirse, después de una larga lucha para obtener fondos, que había de continuar durante muchos años. Este comienzo fué un espinoso problema para Miss Davies, pero lo llevó adelante con coraje y pertinacia.

Es típico del espíritu de toda aquella aventura que el nuevo edificio se inauguró, en medio de sus campos pelados, cuando aún no se había completado la instalación de las ventanas. «La manera de encender la fe consiste en mostrarla, afrontando riesgos», solía decir Emily Davies. Fueron necesarios dieciséis años de rudo trabajo para que el Colegio obtuviese el reconocimiento oficial de la Universidad de Cambridge, y durante todo ese tiempo Miss Davies se consagró por entero a la tarea, aunque en realidad no era más que directora residente en la época en que se estableció en Girton (1872-1875).

Continuó trabajando en este campo hasta 1904, en que dirigió su atención a la causa del Sufragio Femenino. Mientras luchaba por su Colegio, pensó que la causa de la enseñanza de la mujer podía padecer si se identificaba en alguna forma con el sufragio; pero ahora se sentía libre para ayudar a sus amigas sufragistas. Vivió bastante para votar en 1919; dos años después fallecía, a la edad de noventa y un años.

Emily Davies tenía las cualidades de un precursor. Era desinteresada, valiente y obstinada. Vió muy claro y muy lejos con respecto a sus fines. Nunca se desvió de su objetivo, que consistía en abrir la enseñanza universitaria al mayor número posible de mujeres sobre las mismas bases que los hombres. La rigidez de sus fines la condujo a oponerse a otros planes más amplios de enseñanza superior para las mujeres y a resistirse a emplear dinero en los trabajos posteriores al grado, lo que significaba una disminución en el ingreso de no graduadas en el Colegio. No era una erudita, no tenía estimación por el arte y, aparte de los amigos íntimos que luchaban con ella por la misma causa, tenía escasas relaciones. Se

encariñaba más con los movimientos que con las personas; pero, como dijo de ella Madame Bodichon: «Tenía un inmenso amor por la justicia para las mujeres y hubiera muerto por dar a las muchachas lo que ella nunca poseyera, aunque pudiera despreciar a los individuos.» Vivía para su causa y para sus buenos propósitos. Durante su vida vió las escuelas de muchachas revolucionadas, mediante la admisión de ellas a los exámenes universitarios de Inglaterra y la Fundación del Día Público de las Escuelas de Muchachas. Vió la alta enseñanza de las mujeres comenzar y extenderse con el crecimiento de Girton y Newnham, la apertura de la Universidad de Londres y de las Universidades provinciales para las mujeres y la fundación de Lady Margaret Hall y Somerville en Oxford. Vió lograda la admisión de las mujeres en las profesiones y la concesión del sufragio. Vió, en realidad, la antigua posición de la mujer radicalmente transformada y pudo darse cuenta de que aquel cambio inmenso se debía, en gran parte, a su visión y a su esfuerzo.